

**XIV Certamen Cartas de Amor Villa de Mijas (2009)**  
**Categoría B (mayores de 18 años):**

Primer Premio: “Maga”  
de María Ucher Tena (Cornellá)

Pequeña Maga,

Tú dijiste una vez que hay una cosa que se llama tiempo y que es un bicho que anda y anda, lo dijiste así, imitando el caminar de algo feo y delgado con tus deditos sobre la mesa de la cocina, encima los granos de azúcar del café de media tarde. Si supieras cómo me preocupa el tiempo, esa medida que empuja. Algo que no deja de caminar. Y es cierto Maga, es un bicho lamentable. Unos tienen tanto... Cada día hay que preocuparse y ganar unas monedas con lo que uno escribe, calentar el mate mientras pasan las hojas amarillas del libro de ortografía, dormir y no soñar nada por la noche, y mientras los segundos que se van...

Te quiero tener aquí a mi lado, mi pequeña *pink champagne*, la madre de Rocamadour, la única persona que puede pensar con lágrimas en las mejillas y decirlo todo de verdad, suspiro de jazz, esperanza. Y es largo eso del tiempo, un monstruo que se agarra con sus uñas a la muñeca de uno, en forma de reloj, y hace que los días pasen tan lentos, las horas tan estiradas, todo tan en seguida cuando debe transcurrir y no pasar sin más. ¿Cuánto tiempo es pisar unas hojas secas? No todo se mide en tiempo.

Maga, siempre te gustó oír cantar *Les amants du Havre*, un lamento francés con regusto amargo. Con ella sí que se perdía el tiempo en ti. Mientras tú estabas con tu hijito Rocamadour, pobre hijito, y la canción sonaba de fondo, en un desgastado disco de piedra, yo te leía y decía qué grande es la novela que leo, yo te veía tocarte la nariz, alisarte el pelo, mirarte los pies, coger las manitas del bebito y besarlas, besarlas Maga, besarlas. Y las letras daban la sensación de que se juntaban y pasaban a ser tu pelo, y los

ojos eran dos puntos sobre las íes, la boca una tachadura, el cuerpo claro, de letra clara, bella, formada a mano, las manos murciélagos... Maga, arbolito, estábamos tan bien...

Qué pena lo de Rocamadour, qué llanto tan largo y sentido. La ensalada de escarola sobre la mesa y mi mano pasando la página de tu novela, viéndote tan viva pero tan muerta a la vez, sin poder dejar de ser papel, con las lágrimas tan a punto de hacer plaf en toda tu cara al leer lo de Rocamadour. Lo siento. Era tan bebé. Sé que no hay consuelo, el consuelo es una medicina para tontos. Todo es gris y la música no suena clara, siempre va por encima el ruido que aplasta, la policía que detiene, el final de una novela, el botón que se cae de la chaqueta y rueda hasta que uno piensa bien serio que lo que le hace falta es ropa, ropa nueva. La pobreza del escritor es infinita, mi Maga. No podría darte nada más que historias, alimentarte de esperanza, postales de Paul Klee, libros amarillos, deudas, hojas secas, unos dedos que acarician. .

Y te quiero tener tan cerca Maga, y hay tan poco tiempo. La novela se acaba y la vida de uno es más corta que la vida de un personaje literario, Maga, descaradamente humana. Tú siempre tan inmortal, con demasiado sufrimiento en las manos pero siempre tan inmortal. Y el escritor se termina, se consume, es un pobre borracho sin nada que beber, rematadamente mortal. Siempre esperando que le comprendan. Maga, Maga, resplandeciente, arbolito, instantánea, nota en clave de fa, dormida siempre entre palabras, suspirando al despertar. Estábamos tan bien... Hasta que comprendí que tú siempre seguirías, que yo llegaría a mi límite, que jamás sería protagonista de tu novela. Una Rayuela enorme tu novela. Una causa perdida eso el amor. Maga. Ser protagonista. *Amant*. Cebarte un mate. El amor podría ser eso. Ahora.

Tuyo.

Ítaca